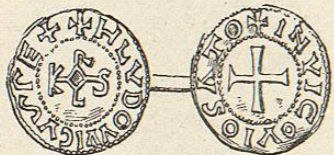


situación en que se encontraba el reino franco-occidental eran a propósito para que el papa renovara el imperio. La tentativa que se hizo de proclamar rey de Lombardía y allanarle con esto el camino del trono imperial al cuñado del difunto emperador, Boson, hermano de Riquilda y hombre de gran ambición que como señor de Provenza era vecino de la Alta Italia, fracasó también por completo, pues la mayoría de los magnates laicos y eclesiásticos, dirigida por el arzobispo de Milán, que tenía puestas sus miras en Roma, permaneció fiel a Carloman, con el cual veían mucho menos en peligro su independencia. La muerte, sin embargo, vino de nuevo al auxilio de Juan VIII, haciéndole otra vez dueño de la situación. A fines del año 878, Carloman se sintió atacado de una enfermedad crónica incurable, y sus ambiciosos hermanos, previendo el día en que muerto Carloman sin sucesión quedara vacante el trono de aquel reino, alargaban ya sus manos y procuraban conquistarse partidarios para la lucha que en tal caso debía estallar. En estas circunstancias y en la primavera del año 879 falleció tan repentinamente Luis el Tartamudo, que algunos creyeron



Moneda de Luis el Tartamudo.

Leyenda del anverso: HLVDOVICVS REX; el monograma del centro dice: KAROLVS. Leyenda del reverso: IN VICO VIOSATO; en el centro hay una cruz.

había muerto envenenado. Nuevas contiendas surgieron simultáneamente en el Este y en el Oeste, que amenazaban romper por completo los ya aflojados lazos del orden político, pues entregaban el imperio carolingio a las luchas civiles y a los ataques de los codiciosos vecinos. En el reino occidental, el mayor de los dos hijos que el Tartamudo había tenido de su primera esposa Ausgarda fue proclamado rey por la mayoría de los magnates presidida por Buson de Provenza, siendo reconocido con el nombre de Luis III, cuando Luis el Joven, a quien fue ofrecida la corona por el partido de los descontentos, hubo renunciado a la lucha para evitar que entretanto pasara a manos ajenas la herencia, pronto vacante, de Carloman, que estaba enfermo de muerte, herencia que ya había convenido en repartirse con Carlos el Gordo. El hijo natural de Carloman, Arnulfo de Carintia, gobernaba en aquellas comarcas con gran rigor y había expulsado del país y arrebatado los feudos a los vasallos de su padre que se habían unido a Luis II y a Carlos el Gordo. Habiendo estos demandado auxilio, se presentó Luis el Joven, el cual obligó a Arnulfo a admitir de nuevo a los desterrados y limitó su autoridad a la Carintia, quedándose él con la Baviera y con sus dependencias eslavas y dejando la Italia a su hermano menor, Carlos el Gordo.

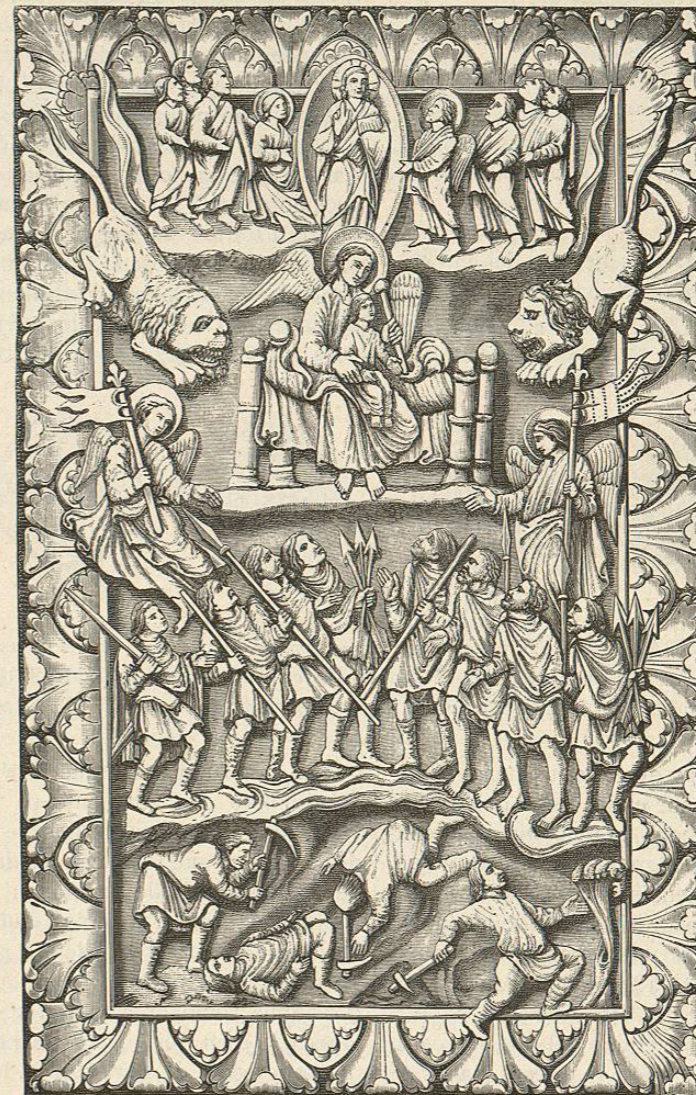
De esta suerte, a pesar de los esfuerzos de Juan VIII, que no se daba punto de reposo, la soberanía del Sur de los Alpes quedó en definitiva por un carolingio alemán, el cual debía temer tanto menos una rivalidad en aquellos territorios cuanto que el reino franco-occidental estaba sumido en el desorden y en la impotencia mayores desde que, a instancias del ambicioso Boson, Luis III había puesto como soberano a su lado a su hermano Carloman, a quien Boson había casado con una hija suya, asegurando con ello la más completa independencia de sus poderosos vasallos. Pronto se vio claramente cuál era el objetivo de aquella política. Boson

había sido hasta entonces el favorito del papa, el cual no había podido ceñirle la corona imperial ni la del reino de Italia; y según parece obró por consejo de Juan VIII cuando, aprovechándose de la rápida decadencia del poderío de los carolingios, convirtió la posición oficial que había ocupado en Provenza en una posición de soberanía y llegó hasta a proclamarse rey. Regalando con mano pródiga tierras y concediendo derechos y privilegios, logró hacerse con un partido fuerte. No solo el patrimonio real, sino también los bienes de la Iglesia fueron objeto de sus liberales donaciones, y así, magnates laicos y obispos del país abrazaron todos su causa y se convirtieron en humildes servidores de su ambición, pues con un rey por ellos mismos elegido creían gozar de mayor independencia y podían esperar que acabaría por desaparecer por completo la autoridad del Estado. Juan VIII se regocijó al ver que con la creación del nuevo reino, situado entre el franco-oriental y el franco-occidental y contiguo al de Italia, le nacía un apoyo del cual podrían servirse en todo tiempo él y sus sucesores para debilitar la dominación carolingia en la península italiana. Con este objeto añadió el pontífice a la independencia política de las comarcas del Sur de Francia, cierta independencia religiosa, nombrando al arzobispo de Arlés representante suyo en los territorios del nuevo reino. Una asamblea de obispos reunida en Mantaille, palatinado carolingio situado al Sur de Vienne, eligió, en 15 de octubre del año 879, por rey a Boson, el cual fue, poco después, coronado en Lyon. Así se consumó la primera desmembración del imperio carolingio, con la cooperación, a instancias y en provecho de la Iglesia romana, cuya política había aprendido a ver un peligro para su propio poder en la unidad del imperio, que en otro tiempo con tanto celo había defendido. De esta manera, la familia real perdió las ricas comarcas que se encontraban en un estado de cultura cada día más floreciente y que comprendían las montañas y llanuras situadas entre el mar Mediterráneo y la corriente del Ródano, desde el lago de Ginebra hasta su desembocadura.

Esta desmembración, que en el estado en que se hallaban las cosas podía fácilmente encontrar eco en las demás partes del imperio, causó una profunda impresión. Parecía haber sonado para el imperio la última hora, pues mientras en el Sur se perdía una de las más preciosas provincias y nacía una potencia independiente que amenazaba a Carlos el Gordo en la posesión de la corona de Italia, recién adquirida (marzo de 880), las comarcas costaneras del reino franco-occidental, desde las desembocaduras del Loira y del Sena, eran saqueadas por los normandos, cada vez más numerosos, y los territorios septentrionales alemanes tenían que sufrir las correrías de los daneses, cuya superioridad de fuerzas amenazaba acabar con la resistencia de la raza sajona. Hugo, hijo de Lotario II y de Waldrada, al frente de algunos atrevidos compañeros, saqueaba la Lorena, cometía en ella toda clase de horrores y procuraba seguir el ejemplo dado por Boson. ¡Hasta tal punto habían llegado las interminables contiendas de familia entre los carolingios! Sin embargo, la necesidad era demasiado urgente para que se despreciara el remedio de la unidad que imponía. Era preciso que los reyes carolingios aunaran sus esfuerzos para defender sus intereses comunes contra los enemigos del interior y del extranjero. Por esto Luis el Joven, que había aprovechado la apurada situación en que se encontraban sus primos franco-occidentales para invadir sus territorios loreneses, firmó en 880 con ellos, en una entrevista que tuvieron en Ribemont-sur-Oise, una paz que puso término a la lucha que de antiguo se sostenía en la Lorena y confirmó definitivamente el trazado de la línea de fronteras anteriormente convenida. Después que en la Francia occidental hubo desaparecido el peligro

de una doble monarquía, en virtud de un reparto que dió a Luis III la mitad septentrional y a Carloman la meridional de la herencia paterna, se celebró, en junio de 880, en el palacio lorenes de Gondreville, un consejo de familia entre los monarcas carolingios, al cual asistieron personalmente los dos reyes franco-occidentales y Carlos el Gordo; Luis el Joven no pudo asistir, a causa de encontrarse enfermo, pero

envió un plenipotenciario que le representara. A consecuencia de los acuerdos tomados en Gondreville, los reyes carolingios, apoyados por sus primos franco-orientales, se dirigieron unidos contra Hugo, el hijo de Waldrada, le obligaron a huir de Lorena y restablecieron el orden en esta provincia. Al propio tiempo los dos monarcas franco-occidentales, apoyados por tropas auxiliares alemanas, atacaron al usurpador



Tapa de marfil tallado del devocionario de Carlos II el Calvo. (Consérvase en la Biblioteca Nacional de París.)

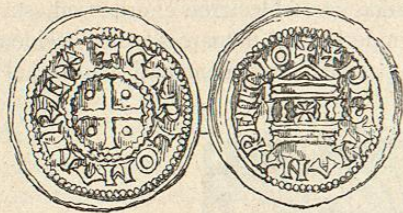
El grupo superior representa al Padre Eterno rodeado de la corte celestial. A sus pies, es decir, debajo, está sentado un niño en el regazo. Este niño figura probablemente el alma humana que confía en Dios. A los pies de este ángel, otros dos, colocados el uno a la derecha y el otro a la izquierda, representan la misericordia y la verdad, según se supone, y los dos leones que se ven sobre los dos ángeles, así como la hueste armada debajo, figuran las fuerzas del infierno, que amenazan y asedian a los justos. Estas fuerzas infernales caen por sí mismas en la hoya que cavan para los buenos, que están bajo la égida de Dios. Esta última alegoría forma la parte inferior de la tapa, que viene a representar en conjunto el salmo LVI.

Boson de Provenza, conquistando a Macon, sobre el Saona; muchos magnates de aquellas comarcas abandonaron entonces a su nuevo rey, el cual se refugió en Vienne, aprestándose a oponer dentro de aquella fuerte ciudad enérgica resistencia. Para atacarla, unióse Carlos el Gordo al ejército de sus primos: cuando los príncipes unidos se presentaron delante de la fuerte ciudad, Boson, habiendo confiado la defensa a su esposa, la valerosa Irmengarda, habíase dirigido a otras partes de su reino para hacer nuevos preparativos de guerra. El cerco de Vienne, ciudad que los sitiadores quisieron rendir por hambre, tuvo que ser levantado al poco tiempo por

que Carlos, aprovechando la oscuridad de la noche, pegó fuego a su campamento y se retiró hacia el Sur. Por su parte Carloman tuvo que sostener solo la guerra, pues Luis III se vio obligado a dirigirse apresuradamente al Norte, por haber vuelto los normandos a sus incursiones.

Boson debió sin duda la inesperada salvación de su reino a la oportuna protección del papa. Con temor siempre creciente miraba Juan VIII la unión de la familia carolingia convenida en Gondreville; si esta unión lograba cierta estabilidad, podrían considerarse perdidas la independencia de la Iglesia romana y la potestad temporal del príncipe de los apóstoles,

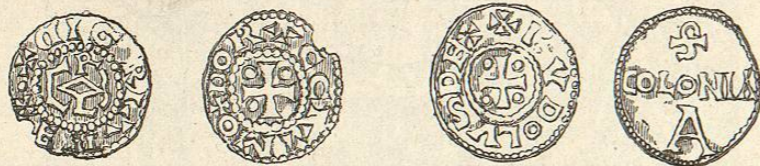
amen de que con la destrucción del nuevo reino borgoñon, el pontificado perdía su principal apoyo político. En tan crítica situación, supo Juan VIII, por medio de un hábil ma-



Moneda de Carloman.

Leyenda del anverso: CARLOMAN REX; en el centro hay una cruz con una bola en cada ángulo. Leyenda del reverso: PISTIANA RELIGIO, y en el centro una iglesia.

nejo, encontrar una salida. En 22 de setiembre del año 880, al comenzar la guerra de los reyes carlovingios contra Boson, falleció Carloman, el hijo mayor de Luis el Germánico, que hacia años se encontraba enfermo, en su residencia favorita



Monedas de Carlos el Gordo.

Primera.—Leyenda del anverso: DIRIGARE; en el centro el monograma del nombre del rey. Leyenda del reverso: DORVCTA (Dorusta); en el centro una cruz con una bola en cada ángulo.—Segunda.—Leyenda del anverso: KAROLVS REX; en el centro hay una cruz con una bola en cada ángulo. Leyenda del reverso: S (sancta) COLONIA A.

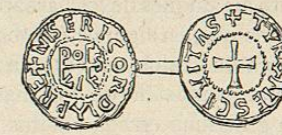
medio de repetidas excitaciones y de vivas instancias su llegada. En efecto, la conquista árabe en los territorios del Sur tomaba cada día mayor incremento, y la victoria naval conseguida por los griegos no había logrado oponerle un dique. Los temidos «ismaelitas» se extendían casi hasta los muros de Roma, de suerte que nadie se atrevía a salir de la ciudad; los campos permanecían incultos y el comercio estaba por completo paralizado. Únicamente la pronta llegada de Carlos podía evitar una terrible catástrofe. Esta esperanza, sin embargo, resultó también fallida. En febrero del año 881 penetró Carlos en Roma y Juan VIII ciñó a sus sienes y a las de su esposa Ricarda la corona imperial; pero poco tiempo permaneció el emperador en la ciudad eterna, pues a fines de febrero emprendió la retirada sin haber hecho nada para salvar a Italia de las correrías de los sarracenos. El apurado Juan VIII escribía cartas y mas cartas al emperador pintándole en ellas con los mas vivos colores la desesperación en que él y los suyos vivían invocando la muerte para no ver los horrores que le rodeaban. Con el carácter pacífico, indolente y egoísta de Carlos, de nada sirvieron tan apremiantes instancias, y no encontró en él eco alguno el llamamiento que se hizo al sentimiento de su dignidad imperial. Juan VIII formuló otras quejas relativas a las arbitrariedades cometidas por los funcionarios imperiales, que pesaban especialmente sobre los derechos y bienes de los conventos y de las iglesias; pero tampoco había que esperar que tales males se remediaran. Por fin, cuando Carlos, después de una corta permanencia al Norte de los Alpes, regresó a Italia, a principios del año 882, el papa con sus apremiantes instancias consiguió que se avistara personalmente con él en Ravena, oyera las quejas fundadísimas que tenía que exponerle, y las atendiera en lo principal prohibiendo severamente a sus funcionarios

de Oetting, en Baviera, desapareciendo con él el derecho que, en contra de las ideas entonces abrigadas por el papa, había querido hacer valer sobre el imperio, como vástago primogénito que era de su familia. Con este suceso disolvióse por completo el partido que en Italia había abrazado la causa de Carloman. Juan VIII ofreció a Carlos el Gordo la corona, que no podía en manera alguna ceder a Boson, bajo la condición de que Carlos cesara de proteger a sus primos contra el usurpador. El cálculo salió perfectamente: Carlos se apresuró a dirigirse desde Vienne a Italia; pero el papa hizo depender la concesión de la prometida corona de otras muchas condiciones que Carlos, a pesar de sus sentimientos religiosos, no podía aceptar. Los vacíos que en la tradición existen no nos permiten decir con seguridad en qué consistían las exigencias pontificias; probablemente había proyectado Juan VIII hacerse pagar la corona imperial que ofrecía a Carlos con amplias concesiones relativas a las posesiones terrenales de la Iglesia y a sus derechos de soberanía en la ciudad y en el patrimonio de San Pedro. Sus pretensiones, sin embargo, solo en parte se vieron realizadas, pues el papa, necesitando de Carlos, procuró precipitar por

que se mezclaran en lo que a la inmunidad eclesiástica se refería; pero esto realmente en nada mejoró la situación. Juan VIII no consiguió que se le reconocieran los derechos de soberanía, que los sucesores de San Pedro hacían derivar de las donaciones de Pepino, en frente de los muchos y levantiscos usurpadores nobles. Guido de Spoleto, sobre todo, hacía público desprecio de las pretensiones del papa y de los mandatos imperiales publicados en Ravena. El emperador seguía como antes sin prestar a la Iglesia un apoyo vigoroso; y Juan veía que se había equivocado lamentablemente respecto de Carlos, pues habiendo esperado de él la luz se encontraba sumido en las tinieblas. En vez de mejorar habían empeorado las cosas desde la llegada de Carlos a Italia, y en vano buscaba el pontífice un amparo en medio de la persecución de que se veía objeto.

La situación no presentaba tampoco mejor aspecto al Norte de los Alpes, donde las correrías de los normandos causaban mayores desastres que en Italia los sarracenos. Un alivio meramente pasajero proporcionó a este estado de cosas la victoria que Luis III de Neustria consiguió en 3 de agosto del año 881 en Saucourt, entre Abbeville y Eu, sobre un ejército de los temidos invasores que cargado de botín regresaba al campamento. Esta victoria, único rayo de luz que alumbraba aquellos calamitosos tiempos, hizo de aquel rey un héroe cuyas hazañas no se cansó el pueblo de ensalzar en cantos y leyendas. En el cancionero de Luis que, publicado poco tiempo después de la batalla, fué anotado por un monje del convento belga de San Amando, tenemos una preciosa muestra de la poesía popular de aquella época y de su modo de comprender y narrar los acontecimientos contemporáneos. Pero poco tiempo guardaron en su memoria los normandos la terrible matanza que entre sus compañeros

causó la espada de los francos, dirigida por el joven rey Luis; el temible nombre que este con aquella hazaña se conquistó hizo únicamente que los invasores respetaran sus territorios. En cambio, lanzaron mayores fuerzas contra las costas alemanas que Carlos el Gordo no estaba en situación de defender, como no había podido defender a Italia contra los sarracenos, pues la mitad oriental del reino alemán había pasado, entretanto, a manos del hijo menor de Luis el Germánico, tan poco digno de la suerte como extraordinariamente por ella favorecido. En enero del año 882, Luis el Joven, cuyo único hijo había fallecido prematuramente, murió también y fué enterrado en «la iglesia abigarrada» de Lorsch, junto al cadáver de su padre. Las razas bajo su cetro unidas confirieron unánimemente la soberanía a Carlos el Gordo, que se encontraba en Lombardia, y le juraron fidelidad en cuanto se presentó a ellos, cosa que hizo a toda prisa. Era urgente también en aquel país resistir a los normandos; así es que en una dieta reunida en Worms se acordó dirigir contra el terrible adversario una expedición guerrera general. Un ejército tan numeroso como no lo habían visto reunido hacia tiempo las comarcas alemanas y del cual for-



Moneda de Luis III.

Leyenda del anverso: MISERICORDIA DI REX; el monograma del centro significa: LIDOVICVS. Leyenda del reverso: TVRONES CIVITAS; en el centro hay una cruz.

reyes del mar Sigifredo y Godofredo, habían construido en las cercanías de Lutich, junto a Aschloh del Mosa. Pero la poca aptitud guerrera de Carlos impidió que los alemanes consiguieran una importante victoria, pues en vez de continuar el ataque, sostenido durante dos semanas, contra el



Monedas de Arnulfo de Carintia.

Primera.—Leyenda del anverso: ARNOLFFVS RE; en el centro una cruz con una bola en cada ángulo. Leyenda del reverso: MOCONCIAE CIVIT; en el centro hay una iglesia.—Segunda.—Leyenda del anverso: SA COLONIA; en el centro hay tres bolitas y al rededor de ellas las letras a, r, x, p, colocadas en cruz. Leyenda del reverso: RNA · L · IECIO; en el centro hay una cruz con la letra t en el ángulo superior derecho, y la letra p en el ángulo inferior opuesto.

campamento con todas las probabilidades de éxito, entró en negociaciones, cuyo resultado fué una paz tan poco gloriosa como insegura. Uno de los dos reyes del mar juró, a cambio de una gran cantidad de dinero, que mientras viviera Carlos no se presentaría en Alemania, después de lo cual pudo retirarse tranquilamente con el rico botín conquistado en sus últimas correrías. El otro, Godofredo, se hizo cristiano, y a cambio del juramento de fidelidad, se le señaló como residencia el Kennemerland. Sin haber logrado nada, regresó, pues, el ejército alemán a su país desilusionado e indignado de la solución de una campaña con la cual se esperaba dejar eclipsada la gloria de la célebre victoria de Saucourt. La nueva soberanía del emperador Carlos, a los ojos de sus vasallos alemanes, no solo había sufrido una conmoción profunda sino que quedaba manchada con indeleble borron de ignominia. Ciertamente que los territorios franco-orientales se vieron por entonces libres de los normandos, pero estos, en cambio, se arrojaron con mayor furia sobre el reino occidental, pues el vencedor de Saucourt, el rey Luis III, contra el cual vivían precavidos los salvajes huéspedes desde aquella sangrienta jornada, falleció precisamente en aquella época (5 de agosto del año 882) sin hijos, después de haberse comprometido, según se dice, en una aventura galante.

Las dos mitades del reino franco-occidental se reunieron entonces en manos de su hermano Carloman; pero al mismo tiempo intentaba apoderarse de ellas el ambicioso emperador Carlos el Gordo. Las intrigas de este impidieron a Carloman vencer, como esperaba, a Boson de Borgoña, y permitieron a este seguir resistiéndose. Desde que Carlos había comprado la libertad de su país, las oleadas de las incursiones

normandas se dirigieron hacia el reino occidental y amenazaron arruinarlo por completo. Desde Amiens, donde se habían establecido, extendieron los normandos su soberanía hacia el Este y asolaron repetidas veces la Champaña, obligando a huir al anciano Hincmaro de Reims, cuya ciudad, como la mayor parte de las de aquella comarca, fué ocupada por los bárbaros conquistadores. Los territorios del Sena se perdieron completamente; y no era de esperar que tuvieran mejor suerte las comarcas que se extendían hasta el Loira. No quedó mas remedio que comprar, por grandes cantidades, una tregua durante la cual el país pudiera reponeerse de sus quebrantos y reunir nuevas fuerzas para la resistencia. En otoño del año 884 celebróse, por 12,000 libras de plata, un tratado en tales condiciones. Poco después, el rey Carloman, que contaba diez y ocho años, perdió su vida a consecuencia de un accidente desgraciado que le ocurrió cazando jabalíes. Inmediatamente los normandos, que sostenían que por aquel tratado solo se habían obligado personalmente con Carloman, comenzaron de nuevo sus incursiones con mayor energía y encarnizamiento. De la rama de los carlovingios franco-occidentales solo quedaba un vástago, menor de edad, hermanastro de Carloman, que era el hijo menor de Luis II, habido de su segunda esposa Adelaida. Elevarle al trono en aquellos difíciles tiempos hubiera sido consumir con toda intención la ruina del reino; por eso la Francia occidental buscó también apoyo en Carlos el Gordo, a quien los magnates ofrecieron la corona. En efecto, en mayo del año 885 le prestaron juramento de fidelidad en Ponthion; de suerte que a excepción de la Borgoña, que seguía gobernada por Boson y gozaba de completa indepen-